

Antonio Díaz Soto y Gama

## ANTONIO DÍAZ SOTO Y GAMA: Entre Dantón y Savonarola

Marcos Tonatiuh Águila M.\*

**E**SCRIBIR una semblanza del licenciado Antonio Díaz Soto y Gama que logre escapar a los lugares comunes y aun mitos que rodean a su persona, es una tarea compleja. La fuente de esta complicación estriba en la necesidad de dar cuenta de la larga y contradictoria vida intelectual y política de nuestro personaje en su *evolución general*, y no únicamente en la perspectiva *estática*, en la que se lo ha confinado convenientemente. Hay, es verdad, un Soto y Gama anarquista y libertario, precursor de la Revolución; también un agrarista radical, defensor a ultranza del Plan de Ayala zapatista; pero existe, igualmente, un Soto y Gama activista religioso, cristiano y anti-comunista, que no encuentra sitio en las versiones simplificadoras de su personalidad contradictoria. El reto, pues, consiste en ofrecer una imagen y una explicación plausible de esta trayectoria política ambivalente, dentro de un panorama — sostenemos — de profunda coherencia moral.

La visión tradicional sobre Soto y Gama, la que nos enseñan los libros y panfletos oficiales (como el discurso

pronunciado al entregarle la Medalla Belisario Domínguez, en 1958), y aun los escritos de historiadores profesionales (como John Womack, James Cockcroft o, más recientemente, si bien en un trabajo de tipo ensayístico solamente, Gloria Villegas Moreno), pasa por la Revolución y se detiene, por una razón u otra — el objeto específico de la investigación, la abundancia de materiales —, hacia los años veinte; quedando con ello limitada la imagen de Soto y Gama a la de un luchador político ultraradical, sea en la cuestión obrera, sea en la cuestión del reparto agrario. ¡Pero Soto y Gama vivió hasta el año de 1967! Y nunca abandonó la actividad política. ¿Qué planteaba Soto y Gama en los años cuarenta, los cincuenta, los sesenta? Es un misterio. O por lo menos aparece como un misterio en tanto no se investigue a fondo la documentación disponible de su archivo, así como la veta representada por la historia oral de sus numerosos alumnos, discípulos, enemi-

gos. Este artículo pretende avanzar en la dirección de reducir el mito asociado a la figura histórica de Soto y Gama. Daniel Cosío Villegas ha criticado, y con razón, la imagen petrificada que la historiografía mexicana creó de Porfirio Díaz, con pelo y bigote cano, hacia el final de su mandato dictatorial y enésima reelección, en 1910. Pues bien, con Soto y Gama ocurre algo semejante, pero en sentido cronológico inverso. Es fácil captar la imagen de Soto y Gama, joven y fogoso orador antiporfirista en 1899, o incluso en la Convención de Aguascalientes, durante 1914, maduro y seguro de sí mismo, arengando a los diputados carrancistas en contra de su jefe. Pero es casi imposible imaginar al viejo licenciado, escribiendo regularmente para *El Universal*, artículos que usan la autoridad del Vaticano, para ofrecer consejos morales a los jóvenes, en los años cincuenta. Pues bien, Soto y Gama fue todo eso: anarquista precursor de la Revolución, agrarista y colaborador cercano de Zapata y, también, ideólogo cristiano, anticomunista, al final de su vida. Como si imagináramos al revolucionario Dantón transformado en Savonarola, el intransigente monje reformador.

¿Existe un “hilo conductor” dentro de esta contradictoria evolución política o se trata de un mero oportunismo ideológico? Si la respuesta se inclinara hacia la segunda opción, tendríamos

\* Profesor investigador del Departamento de Economía de la UAM-Azcapotzalco. Candidato a doctor en Historia (UT, Austin). Agradezco las sugerencias del dictaminador de la revista Fuentes, del Departamento de Humanidades de la UAM-Azcapotzalco, donde aparecerá el presente ensayo.



acaso un ejemplo menos atípico, del intelectual dispuesto a defender a capa y espada, sin convicciones propias, el programa político más conveniente al interés particular. Nada más alejado de la vida de Soto y Gama. Pensamos que sí existe un “hilo conductor”, un factor común, de rectitud moral si se quiere, en las opuestas líneas ideológicas defendidas por nuestro personaje: un ideal moralista de justicia (que coincide con su religiosidad quijotesca) y un antiestatismo radical (acorde con su vieja formación anarcosindicalista y libertaria).

Para tratar de justificar esta hipótesis, procedo a desarrollar tres secciones. Primero: trazo a grandes pinceladas su biografía política; segundo, brevemente: intento mostrar las contradicciones ideológicas más salientes en su carrera, y, finalmente, planteó una interpretación propia a manera de conclusión. Buena parte del texto se basa en una primera revisión de la documentación de su archivo perso-

nal, disponible en el Archivo General de la Nación, en la ciudad de México. Dado lo controvertido del tema, procuro citar en extenso algunos de los materiales en cuestión. Se incluye, asimismo, un pequeño anexo documental.

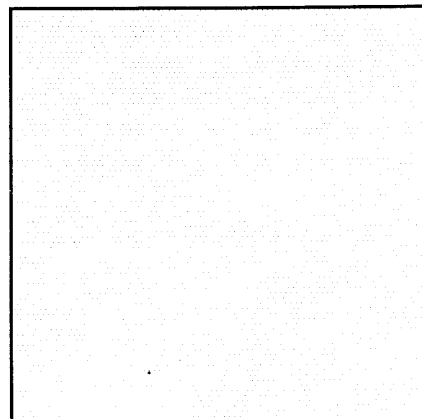
#### Vida política

Antonio Díaz Soto y Gama nació en la capital potosina, calle de Arista N° 20, el 23 de enero de 1880, y murió en la ciudad de México, ochenta y siete años después, el 14 de marzo de 1967. Longevo, como su paisano Jesús Silva Herzog, murió, como éste, orgulloso de no haberse enriquecido por arte y gracia de la Revolución hecha gobierno. Fue hijo del licenciado Conrado Díaz Soto, un liberal de la Reforma, admirador de Sebastián Lerdo de Tejada, cuyo retrato colgaba de una pared del comedor familiar, y de la señora Concepción Gama Cruz, católica ferviente. El futuro agrarista era, pues, una genuina mezcla de las tradiciones encontradas de sus padres. A don Conrado se le apodó *Don Honrado* por haber denunciado ciertos manejos fraudulentos de una compañía extranjera. Por otra parte, con referencia a la influencia de la madre es claro que ésta fue inmensa. En un artículo escrito por Soto y Gama para la revista *Señal*, del 15 de octubre de 1962, con el título de “El temor de Dios es el principio de la sabiduría”, comenzaba diciendo: “Así nos lo enseña la sagrada escritura y así nos lo repetía mi santa madre...” “Lo que más me

preocupa, lo que más me alarma (nos decía con frecuencia a sus hijos, escribe Soto y Gama) es que se está perdiendo el temor a Dios”. A la postre, tal parece que la influencia de la madre llegó a ser más profunda que la del liberalismo paterno. El liberalismo y la religión no están reñidos, señalarán algunos. Es verdad, pero eso no hizo de Juárez un activista católico. Lo que resalta, en nuestro caso, es el eventual compromiso de Soto y Gama con la institución religiosa misma: con la Iglesia Católica y con el Vaticano.

Sus abuelos y tíos paternos fueron originarios de Michoacán, y los familiares maternos, su abuelo de Jalisco y su abuela de la ciudad de México. El niño Soto y Gama cursó la instrucción primaria en el Instituto de la Inmaculada Concepción en San Luis Potosí, dirigido por el profesor Eutasio Guerrero, donde cimentó sus vínculos con la religión católica. En contraste, realizó sus estudios superiores en el Instituto Científico y Literario, donde permeaba un ambiente antiautoritario y liberal. Según un cuestionario aplicado por el señor Eugenio Martínez Núñez, muchos libros de la infancia de Soto y Gama tienen la leyenda: “Viva Dios. Viva la libertad. Muera Porfirio Díaz. Yo lo digo, Antonio Díaz Soto y Gama”, leyenda que probó ser una buena síntesis de su credo personal mucho más allá de su juventud: religión, justicia, antiautoritarismo, valor moral.

Su preparación profesional la terminó en 1900, habiendo ya probado el garrote de la represión porfirista,



encarcelado por unos meses en la cárcel de Belén por “injuriar” al Presidente, el año de 1899. Su tesis la completó en 1901, y constituye un verdadero llamamiento anarquista y liberal, bajo el título de “Breves consideraciones sobre la importancia del municipio”. Allí sostiene que la libertad municipal debe considerarse como un “preliminar forzoso” de la democracia, tesis corrosiva para un régimen profundamente centralista, como el de Díaz. La tesis tiene el tono de un discurso político, que no el de un trabajo académico. Dice, por ejemplo: “No me satisface una libertad atolondrada y claudicante, que a cada paso vaya dando traspies para escarnio de los ideales, sino una libertad serena, augusta, ...que encuentre un escarmiento para cada déspota, una venganza para cada vejación del pueblo, y un triunfo y una satisfacción para todas las aspiraciones de la patria, para todas las nobles ansias del derecho” (p. 13). Encontramos, junto a la denuncia, una visión sumamente vaga de “la patria” y “las nobles ansias del derecho”, nociones abstractas que se repetirán con frecuencia en otros discursos y contextos. Igualmente encontramos en su tesis, aspecto que comentaremos más adelante, una noción demasiado pasiva o paternalista sobre las funciones del “pueblo”. Destaca, sin embargo, la radicalidad del juicio moral, que no abandonará jamás al licenciado Díaz Soto y Gama, radicalidad que hizo levantar de sus asientos a varios de los delegados al

Primer Congreso Liberal, de febrero de 1901, ante el cual el joven Díaz Soto y Gama leyó fragmentos de su tesis; radicalidad que llevó a que se le llegara a nombrar el *Dantón de la Revolución Mexicana*. Curiosamente, Dantón, como posteriormente Napoleón, fueron dos de las grandes personalidades políticas francesas, contradictorias, más admiradas por Soto y Gama durante su juventud y vejez, respectivamente.

Durante su juventud, Soto y Gama combinaba la lectura de autores políticos y literarios franceses (leídos en su idioma original, como correspondía a la intelectualidad de la época, influida grandemente por la cultura francesa), con la de anarquistas catalanes españoles y, sobre todo, rusos (Miguel Bakunin, Pedro Kropotkin). A ello contribuyó grandemente la rica biblioteca del influyente liberal potosino Camilo Arriaga, quien radicalizó sus posiciones políticas en proporción directa al declive económico de su

vieja familia oligárquica. El Partido Liberal Mexicano, encabezado por Arriaga en San Luis Potosí, sirvió de abrevadero intelectual de varios precursores de la Revolución desde la perspectiva anarquista en el estado, que, como Soto y Gama, leyeron con avidez *La conquista del pan*, *Memorias de un revolucionario*, el *Estado y la revolución*, de Kropotkin, y otros textos anarquistas de Bakunin y Proudhon, así como la influyente “Cartilla Socialista” de Plotino C. Rhodakanaty. Arriaga había formado su biblioteca en un viaje a Europa, a partir del cual Rosendo Salazar escribió que Arriaga había “traído de Francia el socialismo”.

Las vicisitudes del amplio grupo de liberales radicales potosinos opositores al régimen de Díaz, han sido recogidas por James Cockcroft en su libro *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana*, en el que destaca la figura de Soto y Gama, como representante de una vertiente del liberalismo que se unió, provechosamente, al ala zapatista de la Revolución. Pero este tránsito no fue automático ni sencillo. Soto y Gama permaneció apartado de la participación política activa entre 1904, aproximadamente, y 1910, por motivos fundamentalmente económicos (tuvo quince hermanos, catorce de ellos menores). Su trayectoria profesional en esos años refleja la falta de oportunidades brillantes y la pérdida de *status*, para un abogado de la clase media que, como él, careciera de los vínculos familiares o conexiones políticas adecuadas. Como señala Cockcroft: “Es quizá significativo que José Vasconcelos, Antonio Díaz Soto y Gama y Luis Cabrera, tres de los abogados más famosos de la clase media participantes en la Revolución, experimentaran personalmente este sentimiento de degradación del *status*. Las mejores posiciones que Vasconcelos y Díaz Soto y Gama pudieron obtener de 1908 a 1910... fueron puestos de oficinistas en una empresa de abogados norteamericana... (Warner, Johnson & Galston)”.



Pero Soto y Gama no podría haber permanecido mucho más tiempo al margen de los acontecimientos revolucionarios. Con el ascenso de Madero al poder, Soto y Gama se encontró en una posición intermedia entre la crítica de las posiciones moderadas del nuevo Presidente acerca del saneamiento de la vida pública del viejo régimen y su timidez respecto de “la cuestión social”, por una parte, y los llamados un tanto utópicos del ala radical del Partido Liberal Mexicano (PLM) a la revolución violenta contra el mismo Madero, por la otra. El grupo más radicalizado del PLM (Ricardo y Enrique Flores Magón, Librado Rivera, Praxedis Guerrero, Figueroa) tendió a aislarse cada vez más; mientras que un ala moderada, encabezada por Camilo Arriaga, Juan Sarabia, Jesús Flores Magón y el propio Díaz Soto y Gama, establecieron, por un corto periodo, puentes de colaboración con el nuevo régimen. (Jesús Flores Magón llegó a ser secretario de Gobernación, con Madero). La creciente conciencia de Soto y Gama sobre el problema agrario (“No hay zapatismo sino problema agrario”, escribió en noviembre de 1911) conduciría en un breve plazo a su separación del grupo de centro-izquierda del Partido Liberal, separación que se produjo durante la Convención del PL en abril de 1912, cuando Juan Sarabia y él fueron expulsados. Más adelante, en parte por la intermediación de Soto y Gama, el lema de “Tierra y Libertad”, originalmente levantado por Praxedis Guerrero desde el Partido Liberal, encontró tierra fértil en el movimiento zapatista.

Tras su expulsión del PL, Soto y Gama aplicó sus energías a la organización de la Casa del Obrero Mundial. Volviendo a sus temas de 1899 y 1901, ponía el acento en el peso del proletariado y el sindicalismo dentro de la lucha nacional. Con influencia suya, el grupo dirigente de la Casa añadió a su ideario anarquista una vocación sindicalista y apolítica. De acuerdo con un manifiesto de junio de 1913, “la Casa

del Obrero Mundial ratifica una vez más su profesión de fe sindicalista y declara que su labor se concretará a promover la organización de los trabajadores en sindicatos gremiales... La acción directa, así entendida (lucha por medio de huelgas contra el régimen capitalista) excluye la labor política, pues los sindicatos no queremos que el obrero se distraiga de su gran objetivo, la lucha de clases”. Este sesgo, como sabemos, facilitó al



gobierno huertista la tarea de reprimir a los miembros de la Casa, que entró en la clandestinidad en 1914. Ese mismo año, en marzo, Soto y Gama decidió seguir los pasos de un anarquista cubano, Prudencio R. Casals, que, según cuenta Cockroft, había decidido unirse a las fuerzas zapatistas. La lógica de Soto y Gama al tomar esta determinación no era, como se ha planteado, una simple salida personal ante la persecución huertista, sino que partía de la convicción de que la propia supervivencia de la Casa en México, dependía de la acción campesina. Lo cierto es que, hacia febrero de 1915, los dirigentes “amarillos” de la Casa pactaron con la fracción carrancista una línea política que los enfrentó a los campesinos (línea vivamente criticada por Soto y Gama desde su cuartel zapatista), que liquidó las posibilidades de acción independiente de los obreros, por lo demás, rápidamente traicionados por el “Primer Jefe”.

Para Soto y Gama, su incorporación al campo zapatista representó un verdadero salto ideológico, transformándolo de ser un intelectual anarcosindicalista y anticlerical urbano, en uno de los principales ideólogos de los principios del Plan de Ayala, iniciando una práctica agrarista que continuó toda su vida, “descubriendo” en el campesinado-guerrillero morelense y su caudillo, Emiliano Zapata, a los redentores concretos de aquella patria abstracta de sus primeros discursos. El matrimonio entre la utopía anarquista y la utopía milenaria zapatista produjo en Soto y Gama un activismo y una convicción extraordinarios. Así, en un episodio bastante conocido, en calidad de delegado de las fuerzas zapatistas a la Convención revolucionaria de octubre de 1914 en Aguascalientes, Soto y Gama se convirtió en el prototipo del agrarista radical y se ganó el mote del *Dantón mexicano*. Cuenta Soto y Gama en su libro sobre el zapatismo que cuando esperaba su turno para hacer uso de la palabra (tras de Paulino Martínez, quien planteaba la necesidad de que

la Convención aceptara los principios del Plan de Ayala), “su cabeza hervía” y el corazón “le estallaba” al contemplar una bandera nacional que se pretendía utilizar, con las firmas de los delegados asistentes, para validar la política de una sola fracción, la carrancista, que era la ampliamente mayoritaria. Soto y Gama inició su discurso con una crítica despiadada al símbolo patrio: “esa bandera es la de Iguala; es la bandera de Iturbide”... “yo no firmaré sobre esa bandera”, dijo estrujándola y creando con ello un revuelo en el que estuvo a punto de perder la vida. Calmados los ánimos, Soto y Gama logró continuar su discurso y transformar magistralmente el sentir de la asamblea en su favor: “El pueblo mexicano respeta este estándar, y yo lo respeto; pero que no se utilice como un velo, como un trapo que sirva para cubrir maquinaciones políticas, maquinaciones de ambiciosos”. “Precisamente por eso —agregó— vengo a decir a esta Asamblea que su deber es defender a esa raza oprimida... no olvidar que la verdadera revolución no es de la raza blanca aquí reunida. Nosotros (los de la raza blanca) somos los aficionados de la política, los «dilettanti» de la revolución, y los verdaderos hombres que han hecho la revolución, y para quienes la revolución se ha hecho, son tan esclavos como antes del Plan de Iguala. Esa es mi tesis, esa es mi afirmación”. De allí a la defensa del Plan de Ayala no había ya mayor obstáculo. Al finalizar su discurso, con vivas de muchos delegados, principalmente villistas y zapatistas, terminó el orador haciendo... ¡un tributo a la bandera!, la bandera “de Hidalgo y de la emancipación”, “de los principios del Plan de Ayala”, que no a la de Iturbide, etcétera. Con ello había logrado Soto y Gama hacerse un sitio entre la pléyade de los intelectuales revolucionarios presentes en la Convención, y en el seno de la propia delegación zapatista.

El incidente pasó incluso a formar parte del folclor regional. El 26 de septiembre de 1943, en un acto de celebra-

ción de la toma de posesión para gobernador de San Luis Potosí del entonces “hombre fuerte” del estado, Gonzalo N. Santos, cuenta éste en sus *Memorias*, que jugó una broma a Soto y Gama y al general Pánfilo Natera, ambos asistentes al acto. Santos les preguntó a los antiguos convencionistas si se conocían, y al recibir respuesta negativa dijo: “Este señor —señalando a Soto y Gama— es el que ibas a matar cuando



aquel incidente de la bandera...” “Los dos se quedaron sorprendidos, viéndose el uno al otro, se dieron un estrecho abrazo”.

La estrella de Soto y Gama continuó brillando, en el campo del ala zapatista de la Revolución, durante todo el periodo de ascenso de la presencia militar del campesinado morelense, y comenzó a declinar al unísono con las victorias del ala carrancista. En realidad, los zapatistas se habían replegado a sus terruños, procurando hacer producir sus parcelas, echar a andar los ingenios, las cajas de crédito, y sin preocuparse mayormente por lo que sucediera más allá de sus fronteras regionales. Indefectiblemente, sin embargo, la situación nacional habría de alcanzar a los campesinos morelenses. Desde mediados de 1916, se plantea una ofensiva de persecución zapatista, sólo detenida por las desfavorables condiciones locales para un ataque de un ejército en forma, como era el encabezado por Pablo González, constantemente hostigado por guerrillas conocedoras del terreno, aunque cometiendo infinidad de atropellos contra la población civil. En la discusión sobre la Constitución de 1917 las fuerzas villistas y zapatistas sólo aparecieron como sombras, ya que militarmente no representaban ninguna fuerza.

Años aciagos fueron para los campesinos morelenses los de 1918 y 1919. Poco a poco, la superioridad numérica, política y estratégica (apoyo estadounidense tácito al controlar los suministros bélicos en la frontera, por ejemplo) de Carranza, se fue imponiendo. A diferencia de otros jefes revolucionarios, con quienes existió la posibilidad de llegar a negociaciones sobre la base del reconocimiento del propio Carranza como principal jefe del constitucionalismo, Zapata se mantuvo firme en su postura de denuncia contra la política general del Presidente, y sólo mediante la traición y el asesinato (perpetrado por el coronel Jesús Guajardo) fue posible someter a sus fuerzas. Zapata fue asesinado el 10 de abril de 1919, y apenas unas sema-

nas atrás todavía dirigió una larga carta abierta a Venustiano Carranza (posiblemente redactada por Soto y Gama), conminándole a “retirarse de la Primera Magistratura”, “en la que usted ha sido tan nocivo, tan perjudicial, tan funesto para la República”. En esta carta Zapata enjuicia al régimen carrancista: “En materia agraria, las haciendas cedidas o arrendadas a los generales favoritos; los antiguos latifundios de la alta burguesía, reemplazados en no pocos casos por modernos terratenientes que gastan charrerías, kepí y pistola al cinto; los pueblos burlados en sus esperanzas (...) Ni los ejidos se devuelven a los pueblos, que en su inmensa mayoría continúan despojados; ni las tierras se reparten entre la gente de trabajo, entre los campesinos pobres y verdaderamente necesitados”. Igualmente, se denuncia la situación en el frente obrero, interés particular de Soto y Gama: “En materia obrera, con intrigas, con sobornos, con maniobras disolventes y apelando a la corrupción de los líderes se ha logrado la desorganización y la muerte efectiva de los sindicatos...” Lo mismo se aborda el tema de la falta de democracia política en los estados y el abuso de poderes dictatoriales del Ejecutivo. En fin, Zapata se mostraba como la única fuerza inquebrantable en sus ideales de revolucionario cabal. Precisamente esta tozudez del caudillo planteaba la identificación mística que Soto y Gama habría de repetir una y otra vez entre Zapata y Cristo, ambos insatisfechos en su fe de justicia, ambos irremediabilmente sacrificados por los hombres, ambos llamados a ser héroes y mártires. Así, según entrevista concedida a James Cockroft en enero de 1965, Soto y Gama sufrió en el curso de los años del crepúsculo zapatista “una conversión al catolicismo místico”.

La muerte de Zapata provocó la natural dispersión de los líderes y la lucha por la “sucesión” dentro del movimiento, mismo que por un tiempo pasó — tras un plebiscito entre los



revolucionarios sureños — a las manos del general Gildardo Magaña. Soto y Gama, por su parte, ubicó a la corta la conveniencia de una alianza con la corriente obregonista que había conquistado la Presidencia, después de levantarse contra el odiado Carranza. En el año de 1920, luego de un breve periodo de fuga y aislamiento, Soto y Gama y otros líderes agrarios de aproximadamente diez estados, logran reagruparse y fundan el Partido Nacional Agrarista (PNA), que contribuyó — sin duda — a la aceleración del reparto de tierras en el país. La labor agraria del presidente Obregón sigue siendo motivo de evaluaciones encontradas. Es conocida la inclinación del general Obregón por la pequeña propiedad, como el ideal para la solución del problema agrario en México (a la manera de los liberales del siglo XIX), su vocación productivista y el rechazo abierto a la dotación indiscriminada de tierras de latifundios y haciendas, su respeto franco a la cuestión de la propiedad. Estas ideas no concuerdan, claramente, con los ideales comunitarios del agrarismo zapatista. ¿Cómo se fraguó, entonces, la alianza Obregón-Soto y Gama?

Tomemos unas palabras de Obregón pronunciadas en su campaña presidencial de 1919. En conferencia ante la Cámara Agrícola Jalisciense, el 18 de noviembre de 1919, dijo:

Yo creo que el problema agrario es el problema más intrincado que se presenta en nuestro país y el que es más difícil de aplicarse en cada una de las diversas regiones. (...) Una de las



formas de resolver el problema agrario es sin duda el fomento de la pequeña agricultura. Yo soy partidario de que la pequeña agricultura se desarrolle, porque soy partidario de que se le dé ayuda a todo aquel que haga esfuerzos por salir de su medio estrecho y mezquino... pero no creo de ninguna manera que se deba recurrir al fraccionamiento de propiedades para dotar de ellas a los pequeños agricultores... No opino tampoco que para el desarrollo de esa pequeña agricultura se use de la violencia y el despojo... la manera de fomentarla no consiste en desmembrar una gran propiedad y dividirla en fracciones de las cuales corresponderían terrenos a un individuo, el manantial de la hacienda, si lo tiene, a otro; las casas al de más allá, etcétera.

Evidentemente, Obregón cambió de proceder (aunque muy posiblemente no de parecer) en el transcurso de su mandato, pues fueron repartidas más de un millón y medio de hectáreas, lo que lleva a un Silva Herzog a enjuiciar como positiva, de conjunto, su gestión agraria. Y es que Obregón era mucho



más que un próspero pequeño propietario burgués y un estratega militar natural, casi magistral; era, sobre todo, un político hábil, capaz de comprender la centralidad del problema agrario como un problema de estabilidad política y social. Como señala Silva Herzog, “el hambre de tierras era ya inaplazable”. De ahí que, aunque en un principio Obregón ridiculizara un tanto las posturas radicales de Soto y Gama en la Cámara de Diputados, donde desde 1920 el licenciado pugna por hacer pasar una Ley Agraria que acelerara el reparto, eventualmente valorara una alianza con el PNA y Soto y Gama en especial, a quien escogió más adelante, incluso, como director de su campaña presidencial por la reelección, en 1928.

Por su parte, Soto y Gama aprovechó esta alianza con el obregonismo para avanzar lo más posible en el programa agrario. En el Primer Congreso Nacional Agrarista, en mayo de 1923, el PNA alcanzó posiblemente el cenit de su fuerza política y Soto y Gama el propio. Ante unos mil representantes de acaso cientos de miles de campesinos, Soto y Gama hizo alarde de sus dotes oratorias y pasó resoluciones de radicalidad extrema, como el derecho a poseer armas por los campesinos y a defender con ellas las dotaciones: “Los pueblos no devolverán jamás por ningún motivo y bajo ningún pretexto, ni una sola pulgada de las tierras que por resolución presidencial han recibido o reciban en calidad de restitución o dotación, las cuales quedarán para siempre en poder de los núcleos de labriegos”. Se estableció, asimismo, el principio de solidaridad según el cual: “Si algún pueblo estuviera en peligro de perder una parte o la totalidad de sus ejidos, los demás pueblos le prestarán ayuda con el objeto de que retenga, contra todos, los mencionados ejidos”.

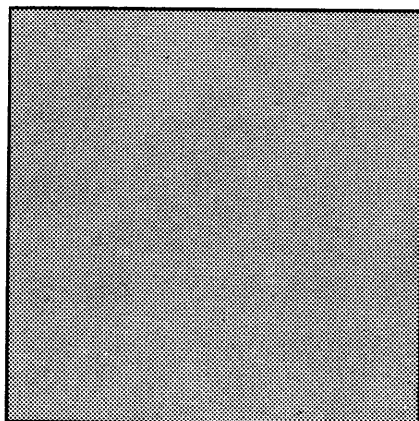
Obregón, presente en el Congreso, sancionó con su presencia la tendencia hacia el reparto y su irreversibilidad, a cambio de apoyo político. En su discurso señaló: “...para expeditar

por completo el camino y llegar a la definitiva resolución de estos problemas (los agrarios, planteados a lo largo del Congreso por los propios campesinos) el gobierno no necesita más que una sola cosa: el apoyo franco y absoluto...” Por su parte, Soto y Gama adjudicó a Obregón el honor de aparecer nada menos que como “el ejecutor del pensamiento de Emiliano Zapata”. En correspondencia, en julio de ese mismo año, Obregón mandaba un cuadro de Zapata a la casa de Soto y Gama, por considerar “...que usted ha sido un leal y sincero defensor de los principios agrarios que sirvieron de base fundamental a la Revolución del Sur... he resuelto obsequiarle un óleo de aquel jefe...”, reza la nota. La alianza Obregón-Soto y Gama habría de ser duradera y con beneficios mutuos.

San Luis Potosí fue, naturalmente, una de las regiones que más se benefició de las buenas relaciones entre el PNA y la Presidencia, logrando colocar a Aurelio Manrique, colaborador cercano de Soto y Gama, como gobernador del estado entre 1923 y 1925, cuando fue derrocado por el callismo. Aún antes, en 1922, cuando el gobernador Rafael Nieto intentó pasar una ley agraria estatal encaminada a beneficiar solamente a las capas medias y superiores de la sociedad rural potosina, refiere Romana Falcón en su estudio sobre la Revolución en el estado, que el PNA se opuso terminantemente y logró detener dicha legislación mediante movilizaciones. Así, el 22 de mayo de 1922, el PNA y otros partidos

locales, lograron “llenar la plaza central de San Luis Potosí con cerca de 2,000 campesinos encabezados por Soto y Gama que, blandiendo emblemas rojinegros, amenazaron con lanzarse a las armas”. Ya bajo la corta pero fructífera gubernatura manriquesta, los agraristas lograron —en alianza con otro radical, Enrique Henshaw— multiplicar por 15 el ritmo de reparto, hasta 150 mil hectáreas anuales.

Manrique —señala Romana Falcón— radicalizó al extremo la dotación ejidal repartiendo también cosechas, animales, implementos agrícolas y, en ocasiones, todas las propiedades de las fincas, haciendo caso omiso de amparos y hasta de la oposición abierta que su reparto suscitó entre las autoridades federales. Además, se preocupó por la organización política de los ejidatarios, creando la Liga de Comunidades Agrarias del Estado de San Luis Potosí cuyo lema “Ante todo privilegio, con la razón o por la fuerza”, sintetizaba su manera de poner en práctica sus metas.





Semejantes acciones, como es lógico suponer, provocaron una fuerte reacción entre los hacendados y pequeños propietarios de la región que lograron detener el impulso y derrocar a Manrique, con la venia de Calles, ya en la Presidencia, pero sobre todo por la intervención de Saturnino Cedillo, quien había logrado aumentar cada vez más su presencia en diversas zonas del estado, mediante el control de campesinos armados. Con ello terminó uno de los experimentos de dotación agraria más radicales de la Revolución. Cabe hacer notar que la salida de Manrique de la gubernatura no generó un amplio movimiento de protesta entre los campesinos beneficiados durante su gestión, lo que sugiere, como estima la profesora Falcón, un grado sólo parcial de identificación entre el programa de dotaciones ejidales y la tradición de los pueblos en esta región del país, circunstancia que habla a favor de la hipótesis de que el programa del

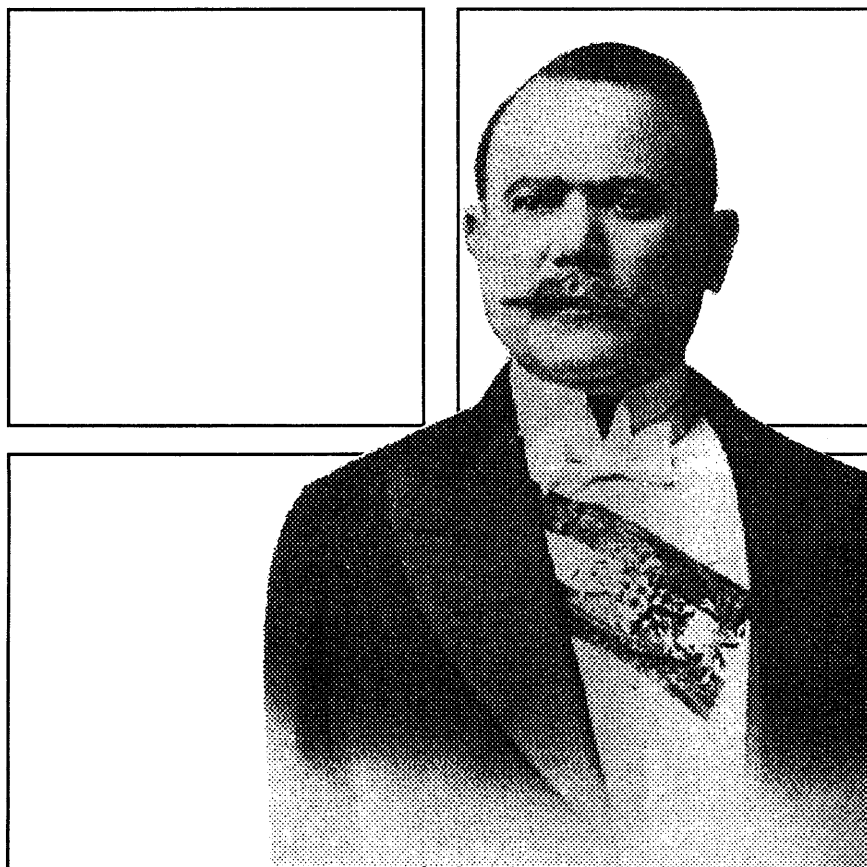
PNA, que es decir de Soto y Gama, trasladaba a escala nacional la experiencia regional morelense.

En 1923, Soto y Gama apoya la candidatura del general Calles, el sucesor escogido por el caudillo Obregón, a la Presidencia de la República. Es interesante hacer referencia a uno de los discursos de apoyo pronunciados por Soto y Gama, dado que recoge con bastante claridad la fuerza alcanzada por el agrarismo cristiano, llamémosle, de nuestro personaje. Así, en la Convención del PNA de noviembre de 1923, Soto y Gama pronunció un extenso discurso, para establecer su apoyo a Calles, icuyas dos terceras partes son referencias bíblicas y cristianas! En sustancia, el documento condiciona el apoyo a la continuación del programa agrario obregonista, de lo cual “podemos estar absolutamente seguros”, expresaba Soto y Gama, para fustigar después a los sectores medios que no han apoyado totalmente la Revolución. “En lo sucesivo — señala

Soto y Gama — los intelectuales, vendidos hasta aquí al rico, deben ser los hermanos del trabajador. Entiéndase bien (enfatisa con su inclinación paternalista encubierta), los *servidores*”. Y más adelante: “La inteligencia debe ser luz, faro y antorcha, no debemos convertirla en mercancía”. El otro tema del discurso era la falsa postura de los que gritan “¡Viva Cristo Rey!” contra el gobierno federal. Es en este tema en el que Soto y Gama se desborda: “Cristo jamás se proclamó rey”, pues señaló en múltiples ocasiones que su reino no era de este mundo; no, Cristo fue “el más grande de los revolucionarios”, por eso “fue atormentado en la cruz... por el crimen inaudito, execrable para el mundo, de querer destruir la injusticia social...”

En el mismo escrito, Soto y Gama insiste en el paralelismo entre la doctrina de Cristo... ¡y el Plan de Ayala! Por eso, insiste, “los revolucionarios nos sentimos tranquilos. Tenemos un glorioso abolengo. Somos los sucesores de todos los mártires que ha habido, de los mártires de la buena causa, de los hombres que han dado su sangre por la redención de los humildes y de los pequeños, de los hombres verdaderamente santos...” Ya en esta época, pues, insiste Soto y Gama en la figura de Zapata como mártir cristiano. En su libro testimonial sobre la gesta zapatista (1960), escribirá: “Zapata con frecuencia nos decía: «Para que el agrarismo triunfe, es necesario que yo muera»”. Es decir, prosigue Soto y Gama en su libro, Zapata “aceptaba, a sabiendas, su sacrificio y su martirio; actitud hermosa que levanta hasta la excelsitud su personalidad de caudillo y de apóstol”. Zapata *apóstol* (y sólo subordinadamente líder campesino), tal es, en esencia, la reivindicación que de Zapata hace Soto y Gama.

Durante el callismo, la fuerza del PNA sufrió una rápida declinación. Más adelante, al comprometerse con la aventura reeleccionista obregonista, Soto y Gama, Manrique y otros líderes del PNA, que sugirieron la



responsabilidad de Calles en el asesinato del Presidente electo, fueron expulsados del partido, desaforados en la Cámara de Diputados por manobra directa de Gonzalo N. Santos y su grupo, y en el caso de Manrique, obligado incluso al exilio, por sus "improperios" contra Calles.

Durante los primeros años de la década de los treinta, Soto y Gama se refugió en la docencia, siendo profesor de Historia de México en la Escuela Nacional Preparatoria y de Derecho Agrario en la Facultad de Derecho de la Universidad. En 1933, con motivo de la elección presidencial en la que resultó electo Cárdenas, participó activamente, junto con Manrique, en la campaña presidencial de Antonio I. Villarreal, quien fuera su compañero de agrupación dentro del Partido Liberal. A raíz de su derrota, pasó aproximadamente año y medio exiliado en los Estados Unidos, en las ciudades de San Antonio y Laredo. Durante esa época retoma el periodismo y se profundiza en él el desencanto con la política oficial y su fuga hacia el misticismo religioso. Dos títulos de sus artículos sirven de botón de muestra. Sobre el Estado escribió "El más frío de los monstruos"; sobre la religión "Nada puede suplir la moral cristiana".

Los cambios políticos planteados por el gobierno cardenista y su choque frontal con el callismo, ofrecen la posibilidad al licenciado Díaz Soto y Gama de reiniciar una colaboración pública. Regresa a México, vuelve a la docencia —donde critica acremente al régimen de Cárdenas y su política agraria—, pero acepta un puesto secundario como abogado consultor en la Secretaría de Agricultura y Fomento. A diferencia de Manrique, quien a su vez se había repatriado y colaboraba con el nuevo gobierno (como explicara en una entrevista posterior en la revista *Todo*, del enfrentamiento pasó a una creciente identificación ideológica con el cardenismo), Soto y Gama se mantuvo consistentemente en la oposición, lo que lo colocó en la paradójica situación de representar al mismo



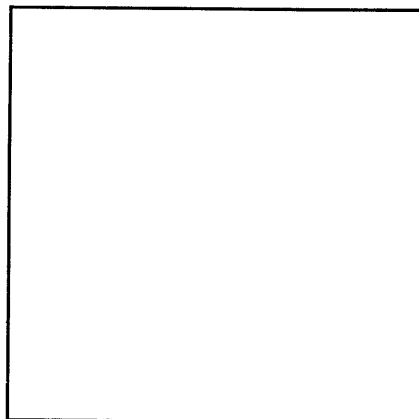
tiempo a un agrarista cabal y un opositor al régimen que más se identificó con la reforma agraria y el reparto de tierras. ¿Cuál era el reproche de Soto y Gama al agrarismo de Cárdenas?

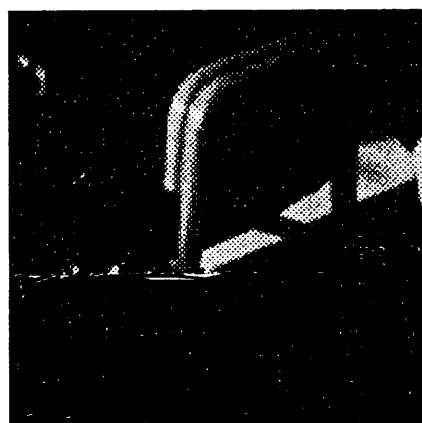
Los términos de su renuncia al empleo en la administración pública, en el marco de la sublevación cedillista de mayo de 1938 (ver Anexo) —y su rápido aplastamiento por el ejército federal— plantean una clara exposición de sus diferencias. Dejemos de lado el tema del compromiso con la aventura cedillista, convenio que sólo es comprensible bajo la lógica moralista, típica de Soto y Gama, de no abandonar a un amigo en desgracia. Ahora bien, con respecto a la política agraria, Soto y Gama se opone, ante todo, a la gestoría estatal de los asuntos campesinos. No concede la posibilidad de que el reparto ejidal se traduzca en una empresa colectiva bajo el manto de la intervención estatal en materia de crédito, comercialización, organización sindical, etcétera. La "socialización del ejido" constituye para Soto y Gama una especie de traición a la Reforma Agraria. Al menos para su versión idealizada, asociada a la experiencia zapatista. Para él, "la única garantía para la libertad del campesino" es la parcela individual, por la que tiene una "fe absoluta".

Tras esta ruptura de fondo con el cardenismo, no parece ya un rayo en cielo despejado la siguiente aventura frustrada de Soto y Gama: su participación activa y entusiasta en la campaña conservadora del general Juan



Andrew Almazán por la Presidencia en 1940. "¡Ya triunfamos!", decía Soto y Gama en entrevista para la revista *Hoy*, al periodista e historiador José C. Valadés, en vísperas de las elecciones de aquel año. Sobre el gobierno de Cárdenas asienta: "¿Quién puede creer que podemos seguir viviendo en un régimen comunista? ¡Yo prefiero morir antes de seguir viviendo en esta liderocracia!" Según Soto y Gama el de Cárdenas es un gobierno "de secta", "porque solamente participan en el poder los comunizantes". Con respecto a la filosofía de Almazán, señala simplemente que procura hacer valer los postulados de la Revolución, rechazando todos sus "aditamentos postizos". Lo vago de este planteamiento sugiere que en verdad el licenciado Soto y Gama siguió al general Almazán fundamentalmente por su anticardenismo y antiestatismo, más que por la parte propositiva de su programa.





A la acusación de reaccionarios, que los oficialistas lanzaron contra ellos responde: “¿Qué más absurdo que llamar revolucionario al Estado?”, y agrega: “Nos dicen reaccionarios los conservadores de los intereses mal habidos a la sombra de la Revolución. Nos dicen reaccionarios ellos, los que representan el totalitarismo”. También en su favor menciona el evidente apoyo popular con que el movimiento almazanista contaban, sin tomar en

cuenta el que el soporte popular no es inmediatamente sinónimo de virtud, abundando ejemplos de movimientos de masas con objetivos conservadores. Igualmente con respecto a los recursos provenientes de la Revolución hecha gobierno, Almazán no podría llamar a lanzar la primera piedra. Pero esto es sólo secundario. Lo básico en cuanto al objetivo de Soto y Gama es la prédica moral. José C. Valadés acierta en destacar: “...en Soto y Gama no existe el abogado, ni el político ni el agitador: en él vive el moralista (...) Cuando habla en la tribuna, da la misma sensación que Lombardo Toledano —otro predicador acusado de agitador. El agitador es teatral, veleidoso, indisciplinado, puede demoler y crear; y ni Díaz Soto y Gama ni Lombardo Toledano han demolido nada ni creado nada. En la Edad Media ambos habrían sido elocuentes catequistas (...)”.

La mención al demoler o crear, especialmente en perspectiva, es una aseveración demasiado fuerte, particularmente con referencia a Lombardo Toledano (figura prominente en la fundación y desarrollo de instituciones como la CTM). Sin embargo, la comparación con Lombardo no es descabellada: ambos compartieron profundas raíces religiosas en su educación provinciana, ambos fueron moralistas y radicales en sus posiciones políticas, ambos se vieron sometidos a jerarquías externas (aunque enfrentados entre sí respecto al mismo poder presidencial). Nuestro moderno Savonarola truena: “¡Ya triunfamos!”, “los viejos vamos a enseñar a los muchachos cómo se lucha”. Pero se trata de gestos inocuos. Amargamente para Soto y Gama, la manipulación electoral y la fuerza objetiva del régimen cardenista pusieron a Ávila Camacho en el poder en 1940. Como señaló abierta y descaradamente el entonces senador Gonzalo N. Santos —como era su estilo—: “...los aguas broncas de la revolución, que no tenemos más religión que la revolución... Ahora que se acabaron los caldos, ahí le va a

Juan Manchas Andrew Almazán la doble purga de saldhiguera con agua de carabaña que aquí le voy a suministrar: ¡A Almazán no le entregaremos el poder ni por la buena ni por la mala!...”, mismo grito de guerra que repitió tres veces en la tribuna, y con una Thompson y decenas de golpeadores por las calles el día de la elección.

La derrota almazanista y su temeroso refugio en el extranjero, dejaron a Soto y Gama en una profunda depresión moral y un completo aislamiento político. El propio Soto y Gama, en una carta dirigida a Almazán, le recomienda evitar mayor derramamiento de sangre y no promover un levantamiento violento contra el gobierno de Ávila Camacho, el que fuera rápidamente reconocido por los estadounidenses: “...penetrar en territorio mexicano en son de guerra y con propósitos de subvertir el orden de cosas establecido actualmente *de hecho*... —escribe en esa carta— constituiría el inicio de una loca aventura...” En su anecdótico recuento, Gonzalo N. Santos escribe al respecto: “Almazán no va a levantarse en armas ni aunque le apliquemos un caudín en el culo...”, y en conversación con Ávila Camacho y Pérez Treviño: “Almazán antes era un pinche bruja y ahora es un ladrón enriquecido y no se la va jugar”. Más allá de la grandilocuencia grotesca de Santos estaba, por lo demás, el hecho real de la debilidad orgánica del almazanismo y la creciente capacidad de maniobra del régimen.

“De pie ante la derrota”, como escribió el 25 de diciembre de 1940, se refugió Soto y Gama, de nuevo, en la docencia y el periodismo, esto es, en la crítica del estatismo y la prédica moral. En abril de 1940 ya escribe los artículos: “La fe todo lo vence” y “Sin moral nada es posible”, que dan el tono a su nueva cruzada religiosa: “Sin Dios y sin brújula” (junio 1940), “Semieristianos, semipaganos” (abril 1941), “Culpas de la Revolución” (junio 1941), “La Iglesia libre en el Estado libre” (junio 1941),

“Dios y la ciencia” (noviembre 1941), “Cristo y la cuestión social” (diciembre 1941), “Estimular al bueno, castigar al malvado” (octubre de 1941), etcétera. Sólo en 1940 aparecieron 35 artículos del “periodista de combate”.

Los años cuarenta y cincuenta, décadas de importantes logros materiales para el régimen de la Revolución y de consolidación de una línea política conservadora dentro de la “familia revolucionaria” (especialmente con el alemanismo), fueron años de repliegue de Soto y Gama de los círculos de influencia política práctica. La prédica moral continuaba con sorprendente regularidad en sus artículos semanales para *El Universal*, como una especie de conciencia implacable acerca del bien y el mal. Entre 1941 y 1959 aparecieron más de 500 artículos suyos. La norma fue, 52 semanas, 52 fogosas críticas sobre los mismos temas: política agraria, falta de moral pública y privada, caciquismo estatal, religión salvadora. Un estudio pormenorizado de la filosofía y posibles aportes de Soto y Gama dentro de su producción periodística, que en conjunto debe rondar la cifra de los mil artículos, queda fuera de los propósitos de esta semblanza. Lo que parece conveniente resaltar es la reducida eficacia política de esta labor, una vez que Soto y Gama cabalga casi solo, cual moderno Quijote, rompiendo lanzas contra enemigos reales o imaginarios. Algunas de las contradicciones aparentes de su producción periodística las recogeremos

en la siguiente sección y se puede consultar, asimismo, el anexo documental.

Como fruto de su prolongada labor docente en la Universidad Nacional, en el año de 1948, Soto y Gama figuró como candidato a la rectoría de la Universidad por la decisión de un importante grupo de estudiantes católicos, quienes, en una votación independiente, lo declararon rector electo. En su texto de renuncia al cargo, del 16 de junio de 1948, Soto y Gama señala haber aceptado el nombramiento paralelo (la junta de gobierno tenía su propio candidato) únicamente por haberse tratado de un “solemne plebiscito” estudiantil y como vehículo de lucha contra “ateos y comunistas”, dado el desinterés del gobierno al respecto, pese a su retórica. “Por lo que a mí en lo personal toca — agregaba el viejo luchador — reitero mi promesa, tantas veces formulada, de continuar la lucha contra el comunismo, o sea la lucha por la libertad, por la democracia y por los valores del espíritu”.

Como suele suceder, el gobierno

mexicano, a través del Senado de la República, decidió otorgar al viejo agrarista la medalla Belisario Domínguez, el 17 de octubre de 1958. A sus 78 años cumplidos, Soto y Gama la recibió con dignidad, sin hacer elogios al régimen y recordando a sus viejos compañeros de armas de la Revolución en San Luis Potosí: “...yo recibo esta medalla para Ricardo y Enrique Flores Magón, para mi paisano Juan Sarabia, para mi paisano Librado Rivera, para otro insigne precursor, desgraciadamente olvidado, el más talentoso y heroico de todos ellos, para Praxedis Guerrero...” Agradecido siempre, también menciona a otros compañeros menos conocidos, Santiago de la Vega y Santiago de la Hoz, un veracruzano (todos ellos firmantes del Programa del Partido Liberal Mexicano, de 1906), sin dejar por supuesto de enaltecer a su “jefe Zapata”. Soto y Gama hizo, cosa poco común, una propuesta concreta como parte de su intervención: la de realizar una edición masiva del discurso de Belisario Domínguez contra el usurpador Victoriano Huerta, aquél que le costó la vida, a manera de promover entre la niñez mexicana el valor moral del viejo médico y senador, tan acorde con la personalidad del galardonado.

Aprovechando un tanto la limitada luz pública generada con este premio, Soto y Gama intentó levantar un nuevo movimiento agrario, esta vez llamado Unión Nacional de Productores del Campo, del que fue el presidente de su Consejo de Organización. Soto



y Gama realizó algunas gestiones ante el recientemente electo presidente López Mateos, con pocos resultados prácticos, a favor de la organización cooperativista de grupos campesinos. Es interesante que con sus casi ochenta años a cuestas, el viejo agrarista aún escribiera con la fogosidad de los diecinueve. En un memorándum de abril de 1959, dirigido al presidente López Mateos, leemos:

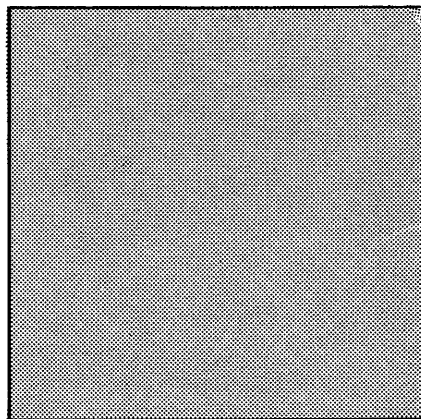
En el convivio mexicano, el campesino mexicano tiene asignado el mismo papel que los hijos de los esclavos en el sur de los Estados Unidos... El hijo del amo se comía una naranja, rodeado de negritos, que sólo disfrutaban del placer de verlo engullir gajo por gajo, sin darles uno solo, pero eso sí, misericordioso a su manera, les daba el bagazo de los gajos después de mascarlos y chuparlos a conciencia y les arrojaba además las cáscaras de la naranja. Eso es lo que alcanza el campesino mexicano: las cáscaras. Mientras, el industrial y el comerciante, todos extranjeros, y los agiotistas, los intermediarios... todos mexicanos, se reparten los gajos jugosos de la riqueza nacional...

Aquí brillan de nuevo la agudeza crítica y el sentido moralista y de afán de justicia del viejo revolucionario, quien nunca sucumbiera ante el embrujo del elogio oficial.

Soto y Gama no fue un autor prominente de libros, ni un pensador original; su único libro publicado, el de Zapata, apareció cuando el autor tenía casi ochenta años. Otro manuscrito sobre el agrarismo, encargado por la Secretaría de Educación, no se publicó mientras vivió. Soto y Gama tampoco escribió sus memorias, sobre lo cual señalaba: "No las escribo porque lo importante no podría decirlo y lo que podría decir no tiene importancia". Soto y Gama fue, en cambio, un gran escritor político, un valiente periodista de combate y un orador extraordinario, curiosamente identificado con Dantón, a quien admiraba, y Savonarola, a quien terminó por parecerse al final de su vida. Murió en la ciudad de México, el 14 de marzo de 1967.

### Los claroscuros de la ideología

El área donde resalta con mayor agudeza la contradicción entre el joven licenciado anarcosindicalista y el anti-comunista militante de la vejez es tal vez el de los valores familiares y de la vida cotidiana. Soto y Gama fue, en su juventud, un crítico implacable de la vida familiar burguesa. Así por ejemplo, según nos refiere Gloria Villegas, en agosto de 1914 su amiga y compañera Juana B. Gutiérrez de Mendoza, duranguense, maestra normalista y miembro del Club Liberal Ponciano Arriaga, pidió al licenciado Soto y Gama que, con su presencia, diera "toda la fuerza y toda la solemnidad" al acto en el que se unirían, con los "lazos del amor como marido y mujer", su hija carnal y su hijo adoptivo: "...dos rebeldes en cuya frente puse todos los ideales, de cuya conciencia arranqué todos los prejuicios,... y no serán ellos los que para unirse se sometan a las imposiciones bárbaras, inmorales y absurdas de la religión y de la ley..." De tal suerte, el 29 de agosto de 1914 se verificó esa unión en territorio zapatista y Soto y Gama cumplió el "honroso cargo", "...desarrollando las ideas modernas sobre la libre unión de los sexos y del concepto netamente revolucionario, que pugna contra la actual organización de las familias, sobre la base de un contrato inmoral, protegido por la violencia y el capricho altanero de una sociedad que ya se derrumba..." El matrimonio fue curiosamente convalidado por las



rúbricas de los presentes, una amalgama de soldados, intelectuales y amigos, representantes simbólicos de la "nueva sociedad".

En el extremo opuesto, Soto y Gama —ya viejo y lleno de prejuicios— se escandaliza, en su artículo "La crisis moral y la religión" (1950?), por "...la promiscuidad sexual en Europa" que es algo "que aterra", una "feria del cuerpo", con una completa "falta de cortapisas y de normas", se trata de "la ausencia de toda moral". El artículo se centra en los cambios planteados por el fin de la Segunda Guerra, y la crisis moral por ella planteada. Así, frente a los jóvenes "casi irredentos", aún queda la posibilidad, la esperanza, de los adultos, quienes "por haber conocido el mundo menos anormal y menos depravado de la preguerra, pueden hacer comparaciones y establecer contrastes (...) Ellos no han del todo olvidado los altos y nobles ideales de la concepción cristiana, los salvadores deberes y elevadas normas de vida que aquélla fija —concluye Soto y Gama— a la conducta humana". Entre los principios morales anarquistas y los de la moral cristiana existe, claramente, un abismo. Lo único que persiste en Soto y Gama parece ser el compromiso radical con cada postura, una especie de vocación de intolerancia, y la búsqueda de un ideal poco preciso pero real, de elevación moral de la población.

Tomemos ahora otro caso de contradicción ideológica flagrante. ¿Por qué se comprometió Soto y Gama con la aventura reeleccionista de Obregón, habiendo sido uno de los críticos más agudos de la reelección de Porfirio Díaz? No existe una respuesta fácil, pero en la medida que Soto y Gama de hecho defendió en la Cámara de Diputados la cuestión del retorno al poder de su protector y aliado, la racionalización parece estar por el lado de que la reelección no debe concebirse como un mandamiento abstracto. Siguiendo al propio Obregón, el principio de no reelección podía volverse contra la democracia, puesto

que condenaba a los electores potenciales a no poder escoger a un candidato con experiencia política probada. La situación de la ventaja implícita que en un sistema político tiene el que un candidato fuera el Presidente en funciones era salvada por el lado de rechazar la reelección inmediata subsecuente. A la distancia, semejantes argumentos parecen algo artificiales y hasta absurdos. El único elemento que parece sostenerse, desde la perspectiva de Soto y Gama como agrarista, era que él veía como un condicionante decisivo para avanzar en la Reforma Agraria y el reparto, la nueva presencia de Obregón en el Poder Ejecutivo, ante la abierta oposición callista al agrarismo ejidal en sus últimos años presidenciales. Ello no justifica, en nuestra opinión, el alto precio que habría de pagarse, en demérito de la democracia política, por una promesa aún no cumplida de justicia agraria. En cuanto a las contradicciones mismas de la particular versión de política agraria de Soto y Gama, "anclada en el Plan de Ayala", y su enfrentamiento con el cardenismo "estatista y socializante", ya ha quedado plasmada más atrás.

Queda, no obstante, un punto que pienso merece un tratamiento más extenso. Me refiero a la aparente contradicción entre las constantes alabanzas hacia el pueblo (los campesinos, los obreros, las masas, según el caso), proclamadas por Soto y Gama en sus discursos y escritos, y la peculiar desconfianza sobre su capacidad de organización autónoma, y su dependencia real de una dirección caudillesca y vertical. En otras palabras, al voluntarismo iluminista y paternal implícito de la política de Soto y Gama. Para justificar esta apreciación voy a retomar algunos pasajes de sus escritos, y realizaré un muy breve recuento de su biografía política anterior, en lo que respecta al contacto con los trabajadores.

A semejanza de la gran mayoría de los intelectuales provenientes de las clases medias urbanas, Soto y Gama tuvo una vinculación sólo esporádica



—y me atrevo a calificar de superficial— con la masa de los trabajadores urbanos o agrícolas. La idealización acerca del proletariado puede observarse en los escritos libertarios tempranos (como el escogido en el Anexo). Pese a su intervención en la fundación de la Casa del Obrero Mundial, cosa que lo coloca como precursor de la organización obrera en México, es dudoso que haya realizado alguna actividad de organización directa significativa, de huelgas o manifestaciones con trabajadores "de carne y hueso".

Con relación al movimiento campesino la situación es diferente. Soto y Gama mantuvo un contacto estrecho al menos con dos experiencias importantes de acción agraria. La primera, y más conocida, es la práctica zapatista de vida comunitaria, desde 1914 hasta la muerte del caudillo suriano. Durante estos años, Soto y Gama vivió de cerca la práctica de la vida social y productiva del campesinado morelense, lo que le

impactó tanto que, como dirigente político, llegó precisamente a idealizar este modelo, haciéndole aparecer como el único válido y prácticamente insuperable (ver, por ejemplo, su libro *La revolución agraria en el sur y Emiliano Zapata su caudillo*), pese a la indudable peculiaridad de la experiencia morense dentro del complejo mosaico de regiones agrícolas en México. Es dudoso, no obstante, que los recelosos campesinos, con profundas raíces indígenas, llegaran a confiar en un licenciado proveniente de la ciudad. El contacto de Soto y Gama con la mayoría del campesinado morense tuvo un carácter más intelectual — y con los propios líderes naturales de las guerrillas campesinas — que de asimilación a la masa. Soto y Gama hablaba y escribía en nombre de los campesinos, en nombre de Zapata y bajo su supervisión, esto es, como portavoz de otros.

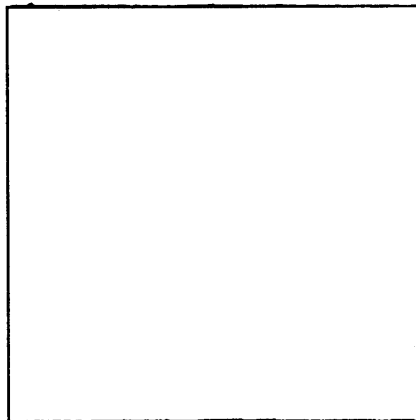
El segundo momento importante de influencia política práctica de Soto y Gama con el movimiento campesino fue durante el breve pero fructífero periodo de la gubernatura de su correligionario Aurelio Manrique, en su estado natal (1924-1925), ya con el apoyo de la organización política fundada por ambos, el Partido Nacional Agrarista, bajo el patrocinio del general Obregón, en 1920. A diferencia del antecedente zapatista, donde Soto y Gama desempeñó más un papel de ideólogo, en el reparto agrario potosino de aquellos años Soto y Gama fue un inspirador directo y un activista

exitoso (durante el gobierno de Manrique se repartieron 150 mil hectáreas anuales, beneficiando a más de 13 mil ejidatarios, uno de los casos de reparto más acelerados de toda la República, incluyendo la experiencia cardenista). Según la apreciación de Silva Herzog, Soto y Gama fue “incuestionablemente el líder máximo del agrarismo durante aquel periodo”, lo que contribuyó a imprimirle un sello de moralismo cristiano al movimiento campesino (ver discurso de 1923, en el Anexo).

Con todo, Manrique fue derrocado por Saturnino Cedillo en noviembre de 1925, y ambos intelectuales, Soto y Gama y Manrique, se enfrentaron y fueron perseguidos por el callismo, perdiendo en el *interin* el contacto con los sectores de trabajadores movilizadas. De conjunto, el trato directo de Soto y Gama con las masas trabajadoras no rebasó en extensión una década, dejando por lo menos cuatro, de su prolongada vida política,

dos del régimen y seducidos por líneas políticas conservadoras y místicas.

Con respecto a la relación Manrique-Soto y Gama, valga insertar aquí una mención. En mi opinión, se ha exagerado la convergencia de criterios de estos dos intelectuales y oradores extraordinarios. Si bien es verdad que ambos profesaron una íntima “fe agrarista”, encabezaron juntos la aventura del Partido Nacional Agrarista y sufrieron en común la persecución del callismo; el comienzo y el fin de sus vidas tuvieron derroteros divergentes e incluso opuestos. Para comenzar, Soto y Gama llevaba a Manrique unos 11 años de edad, una media generación que en momentos de aceleración revolucionaria de las sociedades puede contar por décadas. Soto y Gama se sumergió en el debate político desde su primera juventud, mientras que Manrique se orientó hacia la ciencia, los idiomas (explotando sus facultades como políglota) y la vida académica. Nunca se acercó al zapatismo (como Soto y Gama, que lo idealizó) e inició su participación en el bando obregonista cuando las fuerzas más radicales del movimiento social revolucionario habían sido derrotadas. En el otro extremo, durante el quiebre político planteado por el gobierno cardenista, y particularmente a partir de su apoyo moral a la sublevación de Cedillo en 1938, Soto y Gama escogió el camino de la oposición, que nunca habría de abandonar totalmente. Por su parte, el régimen sí



en el aislamiento relativo de la cotidianidad del intelectual urbano. La fuga hacia la mística cristiana se hizo irreversible y su partidismo hacia posiciones cada vez más derechistas un corolario explicable aunque sorprendente. Tan explicables y al mismo tiempo sorprendentes como fueron, en su momento, las opciones políticas y de vida escogidas por otros intelectuales, del calibre de José Vasconcelos y Gómez Morín, igualmente desencanta-





absolvió a Soto y Gama, a quien (como a Manrique) le otorgó la medalla Belisario Domínguez. A diferencia de Soto y Gama, Manrique optó, durante el cardenismo, por la reconciliación y la colaboración con el régimen (en términos de una real convergencia ideológica), sobre todo en el área diplomática. Hacemos este paréntesis como ejemplo de los errores en que se puede incurrir si se percibe determinada relación como estática — en este caso la cercanía política e incluso afectiva entre Manrique y Soto y Gama —, y no en su desarrollo, como una relación histórica siempre fluctuante.

Repasemos ahora algunos de los planteamientos políticos de Soto y Gama sobre el tema de la relación líderes-masas. Primero tenemos algunas afirmaciones de su tesis de 1901, acaso su primer texto maduro y donde, a propósito de la democracia, escribe:

Nuestro pueblo, inadecuado para todo, pero principalmente para la política, carece de criterio para distinguir a los hombres realmente benéficos para el país, de aquellos ambiciosos que han de explotarlo y esquilmarlo (...) El pueblo mexicano es incapaz de elegir convenientemente a sus altos funcionarios, no sabe elegirlos porque en vez de que se lo prepare para la libertad, desde hace algunos años se le ha preparado para la obediencia ciega (...)

Y más adelante añade:

Siempre será quimérico pensar que por efecto de leyes, de declamaciones o de instituciones teóricamente planteadas, se conviertan en ciudadanos esos hombres que, si de jóvenes sólo se ocupan en noviazgos enfermizos (...) Mal puede infiltrarse el espíritu público en seres cuya ocupación y cuidado predilecto son, unas veces, la cantina, el billar, una tanda o la cita amorosa; o a la inversa, la combinación financiera que ha de procurarles una talega más...

¿Cuál es, entonces, la solución? La tesis contesta:

Hay que iniciar la verdadera educación, una educación sana y patriota y para ello la prudencia y la razón exigen que

nos contentemos con *enseñar a las masas* lo que por hoy es posible que aprendan. *Son incapaces de señalar al hombre cuyas dotes excepcionales lo hagan digno de la primera magistratura de la República; pero en poco tiempo y bajo el influjo de atinadas enseñanzas* podrán conocer al hombre que mejor ha de fomentar los intereses municipales de su aldea... (subrayados míos).

Esta es, pues, una teoría sobre el hombre providencial y la necesidad de conducir a las masas por el camino correcto. No es sorprendente en absoluto, por tanto, que en su libro sobre el caudillo morelense, escribiera, casi seis décadas después: “El caudillo nada puede sin el pueblo; *pero el pueblo, a su vez, necesita forzosamente un caudillo, un dirigente, un héroe, un gran hombre que lo guíe*” (subrayado MTAM). Este caudillo era, por supuesto, Zapata, a quien, como hemos advertido, se le adjudican virtudes cristianas absolutas. Las referencias en términos semejantes tanto de menosprecio de los trabajadores, como de alzamiento de los líderes, abundan en los materiales consultados.

Consideremos, finalmente, el discurso de presentación de Calles como candidato presidencial, ante los delegados campesinos del PNA, el 1º de noviembre de 1923: “...no voy a tener la pretensión — escribió — de querer interpretar el sentimiento de estas masas campesinas... Nosotros (los ciudadanos) tenemos muchas oportunidades para poder hablar, en cambio el pueblo, «el gran mudo», ¿qué oportunidades tiene? (...)”. Y luego insta a los delegados a participar... “Ellos son los que tienen *el derecho de precisar al general Calles lo que esperan de él, cuando llegue al poder*”. Y precisa: “...en esta reunión todos somos sus hermanos... *nadie habrá de criticarlos por sus simpáticos disparates... por sus pintorescos atentados a la gramática...* lo que queremos es oír la voz de su corazón con toda libertad...” (de nuevo, subrayados MTAM).

Pensamos que estos tres testimonios bastan — se podrían ensanchar

mucho más — para constatar la ambigua relación planteada por Soto y Gama entre los líderes y las masas populares. Refiere la historiadora Marie Ruth Clark, en su estudio sobre el movimiento obrero de 1936, que en una ocasión Soto y Gama contestó a los periodistas que lo acosaban con preguntas sobre las estadísticas de afiliación del PNA, que “cada campesino de México, por el simple hecho de ser campesino, es automáticamente miembro del Partido Nacional Agrarista”. Permea, pues, la noción de



una relación más bien pasiva entre un “dador de justicia” y los reclamantes sin rostro, en mucho, precisamente, como un vínculo religioso entre Dios y los hombres. Por otro lado, es indudable el respeto que las masas revolucionarias, especialmente los campesinos morelenses, que tomaron su destino en sus propias manos, causaron a nuestro intelectual moralista y radical. La relación es, pues, ambigua en alto grado.

### ¿Existe un “hilo conductor” en el pensamiento de Soto y Gama?

Conviene comenzar señalando que el papel del intelectual en los procesos revolucionarios no es un tema resuelto, en que no quepan discusión y controversia. Existen opiniones que transforman el papel desempeñado por los grandes intelectuales en la Revolución Mexicana en decisivo y fundamental (por ejemplo Cockcroft). Otros, le niegan toda influencia verdaderamente significativa (por ejemplo Cosío Villegas). ¿Cómo entender interpretaciones tan encontradas? Un elemento que contribuye a reducir las diferencias es la periodización de la influencia mutua entre intelectuales y masas, dependiendo del momento previo, mismo y posterior del gran evento revolucionario. Es difícil rechazar la sugerencia del historiador Alan Knight acerca de la mayor importancia proporcional del intelectual en la etapa previa (digamos la década que inaugura el siglo XX, hasta el levantamiento maderista de 1911) y posterior (digamos de los años veinte a la institucionalización conservadora de los cuarenta) de la Revolución Mexicana, que durante la década de su desarrollo armado. Esta periodización vuelve aceptable la tesis de Cockcroft sobre el papel central de los organizadores del PLM en San Luis Potosí —entre ellos la figura central de este ensayo— como precursores de la Revolución, y críticos del régimen porfirista. Asimismo, reivindica en parte el rechazo de Co-

sío Villegas a reconocer influencia sustancial al elemento intelectual durante el conflicto armado mismo, cuando incluso los exponentes más avezados entre los intelectuales revolucionarios “cumplían órdenes” de los caudillos de las distintas facciones. (Mencionemos aquí, sólo de pasada, que la noción de intelectual no puede restringirse exclusivamente a las “grandes figuras”, sino que abarca múltiples mecanismos de intermediación e interpretación, a través de grupos relativamente numerosos: típicamente el maestro y el cura, que juegan el papel de difusores de ideología, y que también son “intelectuales” en una escala decisiva por su número y contacto con la población mayoritaria).

Ahora bien, con respecto al momento posterior al fin del conflicto armado —y ninguna sociedad puede vivir en revolución permanente—, la consolidación de la nueva élite revolucionaria lleva a poner en primer plano la necesaria fabricación de una nueva hegemonía, elevando la importancia de la labor específica del intelectual. (Piénsese, por ejemplo, en la formulación de las nuevas leyes agrarias y laborales, así como sus reglamentaciones; o bien, en la necesaria y masiva sustitución de los funcionarios de las instituciones públicas nuevas o remozadas). En nuestro caso, el licenciado Soto y Gama hubo de enfrentar la compleja circunstancia de, o bien asimilarse a la corriente hegemónica y cantar las virtudes de la facción vencedora, o bien asumir una postura crítica e intentar conservar su independencia y continuar la brega por los ideales originales de su programa (reparto agrario, democracia política, libertad de pensamiento), ante la disgregación y/o cooptación de las fuerzas campesinas y obreras.

Soto y Gama optó, aunque no sin vacilaciones y contradicciones, por la segunda alternativa, la de la oposición y la lucha. Y es en esta postura que encontramos congruencia en la evolución política de nuestro perso-

naje, pese a las contradicciones ideológicas que ya hemos apuntado. También, a raíz de la tensión provocada por la derrota de las fuerzas zapatistas y la declinación de la influencia política de nuestro líder agrario desde finales de los años veinte, es cuando Soto y Gama se deslizó, como ya apuntamos, al misticismo religioso y el anticomunismo radical. ¿Cuáles son, entonces, las continuidades del intelectual de antes y de después de la Revolución? Primero, su *antiestatismo*, su constante rechazo al que alguna vez llamó “el más frío de los monstruos”, el Estado; segundo, la *religiosidad* vinculada a las ideas de sacrificio y de cumplimiento de una misión superior, tanto bajo la influencia anarquista, como católica; tercero, una vaga pero constante aspiración a una mayor *justicia* y elevación moral de la multitud.

México, D.F., noviembre de 1992.



## Anexo Documental

### La lucha por el ideal, Burguesía corrompida y socialismo regenerador\*

Cuando se tiene el alma muerta por los desencantos y los reveses, por las desilusiones políticas, por los engaños de la amistad o del amor, por los espectáculos de las mil y mil miserias físicas que se desarrollan en el escenario de la lucha contemporánea, lucha por el pan, por la conquista del oro, por el aseguramiento del placer mercenario, de la dicha artificial y pasajera; cuando se cree ya perdida toda esperanza, es y será siempre un gran consuelo y un inmenso alivio, encontrarse frente a frente del ideal.

¿Cuál puede ser el ideal en esta época mezquina, de interesantes transacciones, de combinaciones burátiles, de hombres sin honor, de negociaciones sin conciencia, de bribones elevados a las más altas cumbres? ¿Dónde puede estar el ideal en un siglo que no conoce la generosidad, ni la abnegación, ni la hidalguía, ni nada que se levante un poco sobre el oscuro afán de amontonar peso sobre peso, para exprimir a la vida unas cuantas orgías y algunas groseras vanidades?

En el gran mostrador de las frivolidades burguesas, en el inmenso bazar de las almas y de las inteligencias que se venden al mejor postor, allí, en ese montón de asquerosidades que forman el fondo y la médula de nuestra abyecta civilización, allí no pueden caber los ideales; cabrán los apetitos de la bestia insaciada, las ferocidades de la ambición rugiente, las abominaciones del egoísmo entronizado sobre la desgracia de los demás. Allí habrá bacanal, aturdimiento, prisa para gozar, anhelos locos de narcotizar la conciencia para que se calle, para que no grite, para que no martirice, pero el

ideal santo, la fe en lo grande y en lo glorioso, en lo que redime, tienen que estar desterrados de esa sociedad de vividores y de mercachifles.

Por eso el ideal no lo buscan allí los soñadores. Ellos van a buscar sus entusiasmos, lejos del bullicio de las bolsas de comercio, lejos de la esplendor de los grandes salones de la burguesía, lejos sobre todo de las antecámaras de los políticos.

La fe perdida, la fuerza para vivir y para creer en lo excelso, van a hallarlas los que no quieren degenerar, en el fondo de los tugurios de los humildes, allí donde habita el dolor humano, allí donde la virtud, la abnegación, el amor a los demás, el espíritu de sacrificio, han encontrado su último albergue.

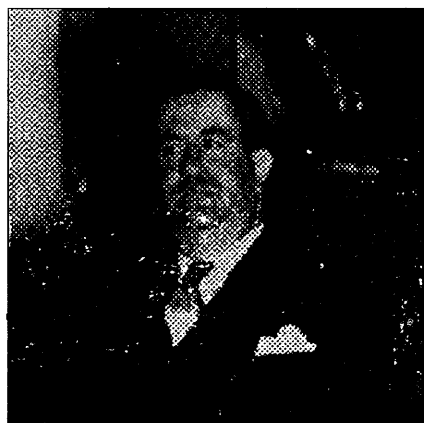
¡Qué hermoso es visitar esas modestas moradas donde el pan que apenas basta para el trabajador y su familia, es compartido generosamente con los de fuera, con el huérfano que se recoge del arroyo, con el amigo a quien falta trabajo, con la viuda que se ve privada de todo auxilio, y también — hay que decirlo en honor de la gente suriana — con el soldado revolucionario, con el compañero levantado en armas, que viene a tocar a la humilde puerta, para pedir una torta de pan, que le permita seguir en la brega, en la brava lucha por la libertad!...

¡Allá abajo, en esos hogares se ignora lo que es sentarse a la mesa y hartarse y ser feliz, mientras a dos pasos de distancia está el desgraciado que lleva quizá veinticuatro horas sin comer; allá, entre los desheredados, se desconoce qué es el acaparamiento, el horrible afán de acumular riquezas para el día siguiente, para el año siguiente, para cuando se haya dejado de existir!

Ellos, los harapientos, se ayudan unos a otros con piedad infinita, en sus enfermedades, en sus escaseces, en sus hambres, en esas horribles miserias de las grandes ciudades, en que se carece de trabajo por meses enteros, en que la mujer se corrompe por falta de pan y en que el hombre, desesperado y harto de sufrir, se vuelve ladrón o se convierte en asesino. Ellos, que no



\* Por el Licenciado Antonio Díaz Soto y Gama, aparecido en *El Eco del Sur*, 15 octubre de 1914.



tienen cultura moral aprendida en los libros, ensayan y practican y profesan la solidaridad, el apoyo mutuo, la fraternidad rayana en el heroísmo, y cuando se trata de luchar por palabras o por ideales, por mentiras democráticas o por efectividades socialistas, ellos son los que levantan barricadas, ellos los que padecen privaciones, los que se exponen a los peligros, los que sacrifican la salud, la novia, el hogar, la vida, en aras de una patria que (no) los comprende, que no los merece, y que ha de olvidarlos a la hora del triunfo.

Y entonces el proletariado, la eterna víctima, la carne de sacrificio, ofrecida en holocausto a la burguesía, resulta más grande que nunca. Se cansó de sufrir, se aburrió de ser dócil y abnegado, y surge espléndido en el campo de la lucha. Él es la fuerza, es

la vida, es la salud y sabrá vencer; no está gastado por los vicios, ni enervado por la malicie, ni corroído por las desilusiones prematuras; tiene sus energías íntegras, sus virtudes intactas, sus entusiasmos vírgenes. Él luchará porque se presenten la justicia, la razón, el derecho, y también el porvenir. Lo tiene todo de su parte; la fuerza de sus brazos, la generosidad de sus aspiraciones, la conciencia de sus méritos, el aplauso de la ciencia nueva que brota a la vida para declararlo el objeto de su culto, la adhesión y el cariño de los poetas, de los intuitivos, de los videntes, de los verdaderos filósofos, que le gritan al paso: tú eres el amo del universo, el dueño de la riqueza, el creador del progreso y de la vida; tú eras el postergado, y serás el

vendedor; tú, obrero bendito, esclavo de ayer, explotado de hoy, serás el monarca de mañana; para ti y para tu gloria han trabajado los sabios, han combatido las naciones, ha sufrido y luchado la humanidad; para ti, dios del trabajo, han vivido las generaciones que fueron; tú fundarás un nuevo mundo, en que haya felicidad, justicia y fraternidad entre todos y para todos; tú serás el salvador de los esclavos, el campeón de los oprimidos, el redentor de la mujer caída que, como tú, sufre hoy el escupitajo de la sociedad burguesa, que no entiende de dolores, ni de tragedias, ni de heroísmos.

¡Tú eres el ideal, tú eres el porvenir! ¡Recibe mi saludo, triunfador del mañana!

### Carta de renuncia del licenciado Antonio Díaz Soto y Gama

México, D.F., a 21 de mayo de 1938

C. Oficial Mayor de la Secretaría de Agricultura y Fomento, edificio

En respuesta a la circular fechada por usted con fecha de ayer a todos los empleados del departamento consultivo del que formo parte como abogado consultor y en la que se nos indica expresemos si nos solidarizamos con la política que ha seguido el gobierno en virtud de los últimos acontecimientos y categóricas declaraciones del C.

Presidente de la República, contesto lo que sigue:

Debo decir, ante todo, que he sido y soy amigo del señor general Saturnino Cedillo, al que se alude en las declaraciones presidenciales, haciéndole diversos cargos, que podrían ser o no fundados; pero que no soy yo el que debo juzgar; toda vez que sería absolutamente indigno atacar al amigo que se encuentra caído, en peligro o en desgracia, cuando de ese mismo amigo se recibieron servicios, en la época de su prosperidad.

No seré yo, viejo revolucionario, el que dé a la juventud de mi país ese ejem-

plo de ingratitud, muy cercano por cierto a la cobardía y a la indignidad.

Sí, debo agregar que, por mi parte, no tengo ni he tenido jamás la menor liga con el fascismo, al que soy tan opuesto como lo soy a toda tendencia comunista.

Mi profesión de fe de hoy, es la misma de ayer, he sido y seré agrarista; estuve y estoy identificado con el programa sostenido por Emiliano Zapata, en lo agrario, y por el general Álvaro Obregón, en ese y en todos los demás aspectos de la vida nacional.

Mi credo es el de la Constitución de 1917. No soy, por lo mismo, partidario

de manera alguna, de la socialización del ejido, sino que, por el contrario sigo teniendo fe absoluta en la eficiencia de la parcela individual, única garantía para la libertad del campesino, y como para mí la reforma agraria es el fondo y la médula de la Revolución Mexicana, al discrepar en este punto esencial, del programa del régimen actual, sería

imposible decir, sin faltar a la sinceridad más elemental, que yo estoy identificado con ese programa.

Comprendo perfectamente que los términos de ésta mi contestación a la circular de esa Oficialía Mayor, me ponen en el caso de presentar desde luego mi renuncia al cargo de abogado consultor que he venido desempeñando en

esta Secretaría, y por lo tanto, a la vez que esta respuesta, envío ya al C. Secretario del Ramo, mi formal renuncia de dicho empleo.

Reitero a usted las seguridades de mi atenta y distinguida consideración.

Lic. Antonio Díaz Soto y Gama

### Selección de textos (fragmentos) sobre posiciones religiosas

#### Discurso ante la Convención del Partido Agrarista

(noviembre de 1923)

(...)

Es doloroso verdaderamente lo que pasa, se presenta el candidato del pueblo, el general Calles... y al llegar a alguna de las poblaciones de Guanajuato hay estúpidos que, aleccionados por alguien, gritan: “¡Viva Cristo Rey!”

Los que esto hicieron, los que esto hacen, calumnian, ultrajan y traicionan a Cristo. Cristo dijo, y permítanme ustedes que yo insista en esto, porque quiero que ustedes al llegar a sus pueblos sean los heraldos de esta verdad. Cristo dijo y repitió cien veces: “Mi reino no es de este mundo”.

Cristo jamás se proclamó rey, ni podía haber pretendido serlo de este mundo, porque este es el reinado de la expoliación, de la injusticia y de la impostura. Si Cristo hubiera sido rey, hubiera tenido que ser el aliado de los fuertes, de los ricos, de los potentados, y Cristo, al contrario, se presentó siempre como el heroico defensor de los humildes, de los pobres y de los desvalidos. Cristo arrojó con su látigo vengador a los mercaderes, a los fariseos y a los hipócritas, del templo de su padre. Cristo fulminó maldiciones formidables contra los ricos...

(...) Cristo continuamente, en todas sus predicaciones, lo mismo en el Sermón de la Montaña que en sus tremendas requisitorias contra los hipócritas, esa raza de víboras, esos sepulcros blanqueados por fuera y por

dentro llenos de podredumbre y de asco, se mostró como un tremendo revolucionario y se rebeló en forma gigantesca contra todas las injusticias y contra todas las mentiras.

Por eso fue crucificado, y no lo fue por el pueblo, sino por los sacerdotes de entonces, tan pícaros como los sacerdotes de hoy, y por los ricos de entonces, apoyados como hoy, por los sacerdotes, por los doctores de la ley, por los escribas...

Cristo... decía frases inmortales, algo que hoy sigue aplicándose a todos los hombres de su clase, a todos los hijos del pueblo: “Las aves del cielo tienen un nido, las raposas del desierto tienen una guarida, y el hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza”.

Compárese esto, letra a letra, con el Plan de Ayala, la bandera del campesino mexicano, y se encontrará un pasmoso paralelismo. El Plan de Ayala dice: “El indio mexicano, el labriego mexicano no es dueño ni del terreno que pisa”.

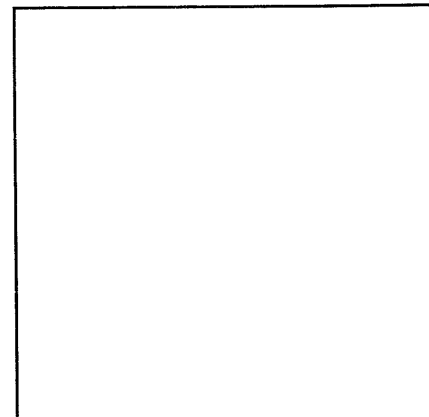
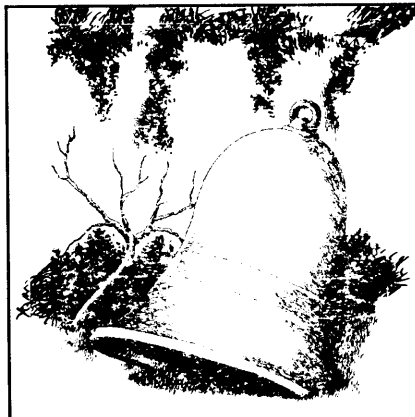
Por eso los revolucionarios nos sentimos tranquilos. Tenemos un

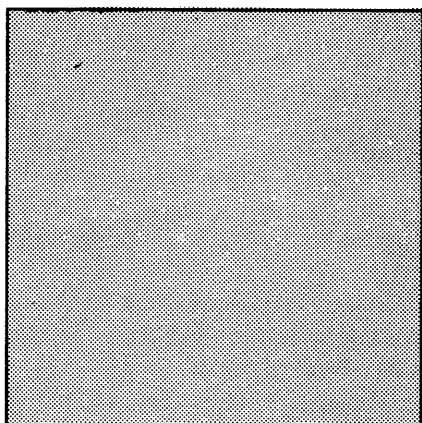
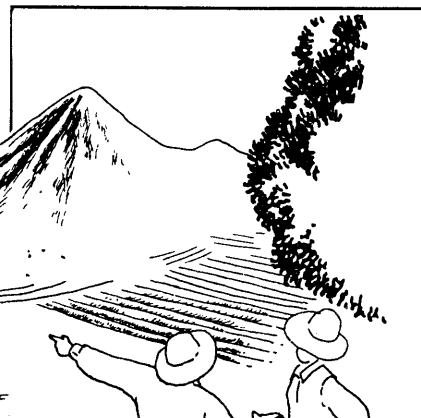
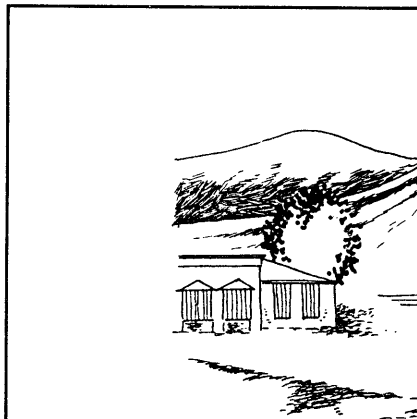
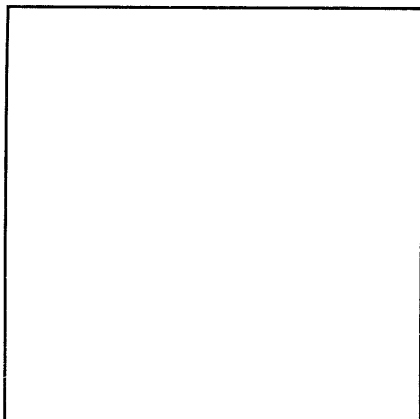
grandioso abolengo. Somos los sucesores de todos los mártires que ha habido, de los mártires de la buena causa, de los hombres que han dado su sangre por la redención de los humildes (...).

#### La crisis moral y la religión (s/f)

El dolor y la expiación han conseguido, por lo tanto — me dije — lo que nunca logró el placer.

Mientras el placer y la paz reinaron en Europa, el engrandecimiento y el orgullo hicieron presa en los ánimos. El hombre, poseído por la soberbia, se declaró centro y fin, base y supremo objetivo de todo lo existente; se deificó a sí mismo y deificó al Estado, su propia hechura. Al sentirse sabio y poderoso por la conquista de las fuerzas materiales negó lo trascendente y creyó bastarse en todo y por todo,... ¿Para qué necesitaba a Dios — se dijo en su orgullo — si con la ciencia podemos suplirlo, desconocerlo o ignorarlo?





una nueva religión sin alma o un alma sin religión; una máscara de cristianismo muerto, sin el espíritu de Cristo”.

(...) Del cristiano cumplimiento de esos deberes — de caridad y justicia, MTAM — por parte del rico, depende en gran parte la solución de los problemas gravísimos que agobian hoy a la humanidad, y por ello, en estos días de meditación y recogimiento, quiero subrayar hasta dónde llega la trascendencia de la misión altísima que el Autor de todo lo creado ha puesto a cargo de los hombres a quienes dotó de cuantiosos recursos para que con ellos realicen el bien y contribuyan a la felicidad de los demás.

(*El Sol de Puebla*,  
21 de marzo de 1951).

### La crisis moral y la religión

(...) Lo que no pudo el placer, lo ha conseguido el dolor, sólo él purifica y

sólo él redime. Sólo él abre las rutas de la regeneración.

Nuestro más genuino filósofo, el muy mexicano Vasconcelos, lo ha dicho con ternura y profundidad: “Sólo el milagro (el milagro, entre otros, de la fe) puede salvar a los hombres”. En rigor, el cosmos todo entero se halla suspendido de la magia de un prolongado milagro. Esto lo entiende todo el que se asoma a la vida profunda. Se baja a sus simas por el dolor o por el genio. Y esta generación, que es la del dolor, empieza a conocerlas... las multitudes que bregan y sufren, seguirán llenando los santuarios.

Para salvarse a sí mismos hay que redimir a los demás — dijo en otra ocasión el propio Vasconcelos.

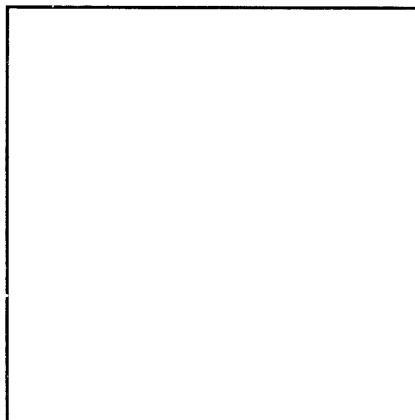
Que la porción de la sociedad que ora y sabe orar, no se limite a eso, por lo tanto, sino que, convirtiendo en acción la plegaria, cumpla con el deber de orientar y conducir, de catequizar y atraer.

(...) Millones de hombres en Europa... han vuelto a refugiarse en la religión, rindiéndose ante la evidencia del castigo, ante la trascendente significación del dolor.

Pero no todos han aprovechado la lección (...) La promiscuidad sexual es hoy en Europa algo que aterra (...) es una feria del cuerpo (...) Se trata de algo muy serio (...) la ausencia de toda moral.

### Caridad y justicia

El gran pontífice Pío XII, que por fortuna para la cristiandad ilumina a ésta con sus luces, pronunció hace algún tiempo estas palabras memorables: “...los hombres se han rebelado contra el cristianismo verdadero y fiel a Cristo y a su doctrina, se han forjado un cristianismo a su manera, un nuevo ídolo que no salva, que no se opone a las pasiones de la concupiscencia de la carne, a la avaricia del oro y de la plata, que fascina, a la soberbia de la vida;



## El catolicismo frente al peligro comunista

Si hay algo evidente en esta época contemporánea, es que el peligro mayor con que tiene que enfrentarse la Iglesia Católica es el del comunismo ateo y disolvente de toda doctrina moral, que cada día invade más territorios, domina más pueblos y emponzoña y envenena mayor número de conciencias.

(...) tenemos la firme confianza de que al menos la pasión con que los hijos de las tinieblas trabajan día y noche con su propaganda materialista, servirá para estimular santamente a los hijos de la luz a un celo no inferior sino mayor, por el honor de la majestad divina.

(Revista *Señal*,  
15 de octubre de 1964).

## BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

### Fuentes primarias

Archivo General de la Nación.  
Fondo personal Antonio Díaz Soto y Gama (colección microfilmada, 8 rollos).

### Libros y artículos

Águila Medina, Marcos T., "Contrapuntos sobre el fracaso del liberalismo mexicano", *Cemos. Memoria*, abril de 1992.

Bassols, Narciso, *El pensamiento político de Álvaro Obregón*, El Caballito, México, 1976.

Cosío Villegas, "El intelectual mexicano y la política", *Ensayos y notas*, vol. II, Ed. Hermes, México, 1966, pp. 141-168.

Cockroft, James, *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana*, Siglo XXI Editores, 1971.

Díaz Soto y Gama, Antonio, *La revolución agraria del sur y Emiliano Zapata su caudillo*, INEHRM, México, 1987 [1961].

— "Breves consideraciones sobre la importancia del municipio libre", tesis, San Luis Potosí, Plaza Morelos, 1901.

— numerosos artículos periodísticos, citados en el texto. Ver anexo.

Falcón, Romana, *Revolución y caciquismo en San Luis Potosí. 1919-1938*, El Colegio de México, México, 1984.

Gramsci, Antonio, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, varias ediciones.

Knight, Alan, *The Mexican Revolution. Counter-revolution and reconstruction*, vol. II, Cambridge University Press, Cambridge, 1986.

— "Intellectuals in the Mexican Revolution", varios autores, *Los intelectuales y el poder en México*, UCLA, El Colegio de México, 1991. (Memoria de la VI Conferencia de Historiadores Mexicanos y Estadunidenses), páginas 142-171.

Krauze, Enrique, *Caudillos culturales de la Revolución Mexicana*, Siglo XXI Editores, México, 1976.

Santos, Gonzalo N., *Memorias*, Grijalbo, México, 1986 [1984].

Silva Herzog, Jesús, *El agrarismo mexicano y la reforma agraria. Exposición y crítica*, FCE, México, 1980 [1959].

Valadés, José C., *Historia general de la Revolución Mexicana*, vols. 8-10, SEP, varias ediciones, 1985.

Villegas Moreno, Gloria, "La militancia de la «clase media intelectual» en la Revolución Mexicana. Reflexiones a propósito de la trayectoria teórico-política de Antonio Díaz Soto y Gama", varios autores, *Los intelectuales y el poder*, pp. 211-236.

Womack, John, *Zapata y la Revolución Mexicana*, Siglo XXI Editores [1980] (1ª ed. 1969).

